

EN TEORÍA

Elena Fortún y Celia: retazos de vida y sueños

por Marisol Dorao*



Tras el seudónimo de Elena Fortún, se oculta la personalidad de Encarnación Aragonese Urquijo, autora de personajes tan célebres en la literatura infantil de los años treinta como Celia o Cuchifritín. El siguiente artículo desvela los aspectos más opacos de la biografía de la escritora madrileña, y traza un paralelismo entre éstos y su obra.

V. ESPARZA. LOS CUENTOS QUE CELIA CUENTA A LAS NIÑAS. AGUILAR. MADRID, 1955.



Elena Fortún.

Encarnación Aragonese Urquijo nació un 17 de noviembre en Madrid, en el «Madrid de su alma», como más tarde lo llamaría en uno de sus libros.⁽¹⁾ Elena Fortún nació en una fecha todavía sin determinar, allá por 1928, a raíz de haberse publicado el libro de Eusebio de Gorbea, marido de Encarna, sobre la historia de Madrid, *Los mil años de Elena Fortún*,⁽²⁾ de donde surgió el seudónimo.

¿Y Celia? ¿Cuándo nació Celia? En 1929 aparecieron, en el suplemento «Gente menuda», de *Blanco y Negro*, unos retazos de la vida de una niña. Las primeras ilustraciones fueron de Santiago Regidor, amigo y vecino de la autora, Elena Fortún,⁽³⁾ pero después, al publicarse estos retazos en forma de libro, con el título de *Celia lo que dice*, el ilustrador empezó a ser Molina Gallent.⁽⁴⁾ Molina Gallent puede decirse que es el «padre gráfico» de aquella Celia de siete años (cuya «madre literaria» es Elena Fortún)⁽⁵⁾ de tobillos anchos, calcetines transparentes, melena plana rizada y ojos permanentemente asombrados.

¿Cuál puede ser la relación entre esta autora y su personaje? ¿Hasta



M. GALLENT. CELIA EN EL MUNDO. AGUILAR. MADRID, 1942.

dónde Celia es una proyección de Elena/Encarna? Porque mientras esta pareja, a lo largo de su vida, parece ser inseparable, el binomio Elena/Celia tiene como resultado una especie de vidas paralelas, una real y otra imaginaria, una vivida y otra soñada, o, más bien, hecha de retazos de vida y sueños.

Celia Vázquez de Montalbán pertenece a una familia de clase media-alta del Madrid de finales de los años veinte: tiene una casa en la sierra, con guarda y guardesa,⁽⁶⁾ pasa las vacaciones en Santander, los Reyes le traen juguetes carísimos; el servicio de la casa se compone, además de una institutriz inglesa para la niña, de una doncella, una cocinera, y un chófer que vive en la casa con su mujer. Los gastos de los padres de Celia están alegremente incontrolados:

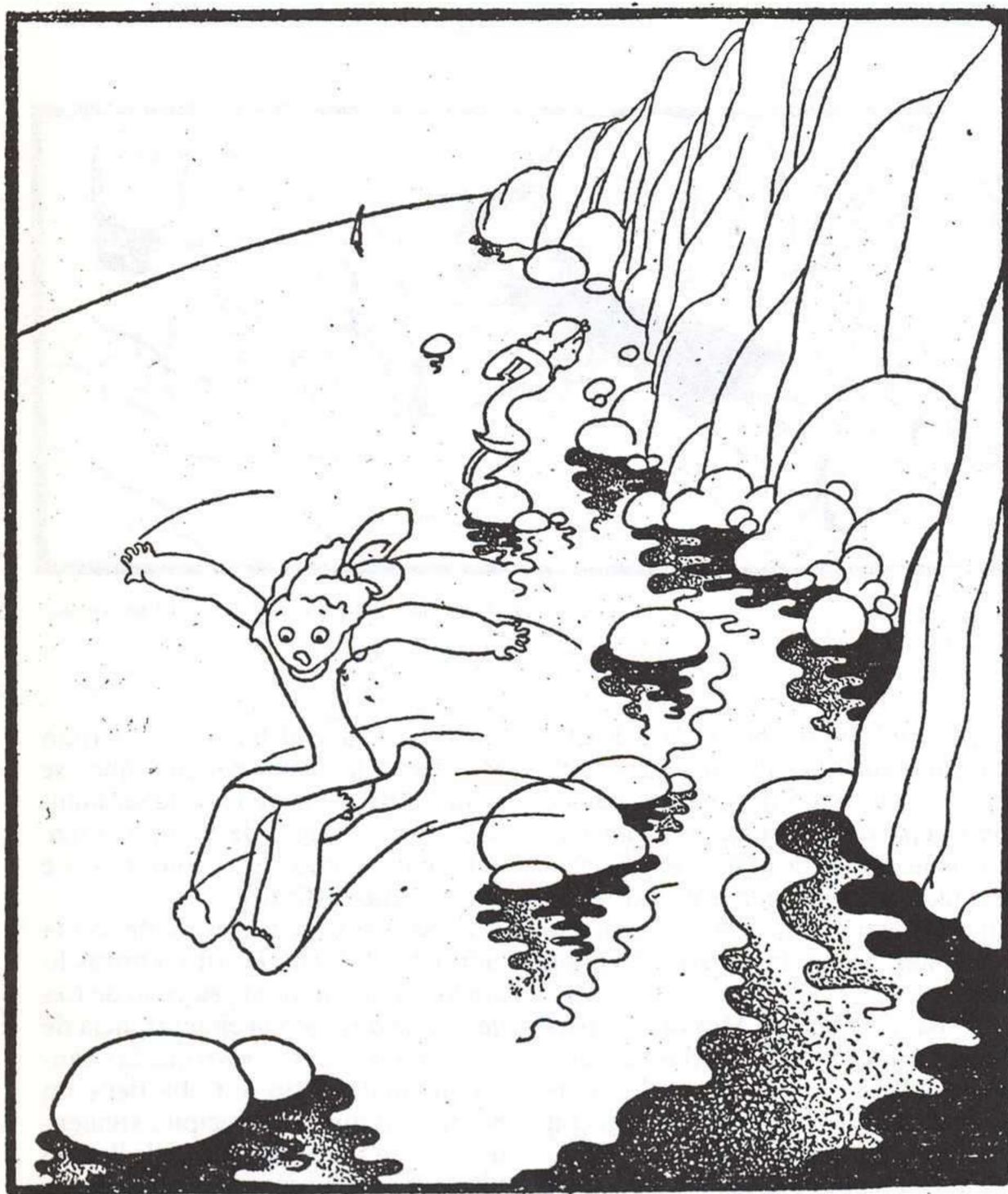
«—Este año hemos gastado mucho —decía papá—, el viaje a París y la estancia en Suiza han subido un pico...».⁽⁷⁾

«Porque mamá se compra los modelos en París, pero además lleva una vida social muy intensa: va 'de compras, de visitas, a tomar el té...'».⁽⁸⁾

Esa vida social hace que, cuando Miss Nelly, la institutriz, tiene que irse a Inglaterra, Celia tenga que ser mandada a un colegio de monjas, «que hablaban como el peluquero de mamá, que es francés».⁽⁹⁾

Poco de esto se corresponde con la vida real de Elena Fortún. Quizás lo único, como vemos al principio de *Celia lo que dice*, sea la circunstancia de ser hija única, pero ni eso queda cuando, al final del libro, Celia tiene un hermanito que, al principio, siguiendo la costumbre de la época, le llaman «Baby»; más tarde, su nombre auténtico (Juan Antonio, como el abuelo de Segovia) quedará enmascarado bajo el de Cuchifritín.

La familia de Encarnación Aragonese era más bien modesta. Su padre era de Abades (Segovia), y su madre de Arceniega (Álava). No tuvo hermanos, ni siquiera amigos cuando era pequeña, excesivamente arropada por el cuidado de su madre. La niña Encarna, producto de un parto difícil, había nacido con poca salud: al principio se pensó que no viviría, y tardó tanto tiempo en andar que incluso llegaron a pensar que sería siempre una inválida.



M. GALLENT. CELIA EN EL MUNDO. AGUILAR. MADRID, 1942.

Aquella niña criada entre algodones, agua bendita, novenas y suspiros, creció sin más distracción que mirar desde el balcón cómo jugaban los otros niños en la plaza de Matute, placer que a ella le estaba vedado. Pero si su cuerpo estaba aprisionado por aquella madre vigilante, su espíritu volaba, volaba, inventando otras vidas, otras casas, otros padres, unos hermanos, unos primos, unos tíos... un mundo completamente diferente del suyo.

¿Inventando? No podemos saber cuánto hay de invención en los personajes de Elena Fortún, y cuánto hay de apoyo sobre unos personajes reales,⁽¹⁰⁾ porque es muy difícil, por no decir imposible, encontrar en la obra de cualquier escritor la línea que separa lo real de lo soñado en sus personajes.

Son varios los que, convenientemente decorados por Elena Fortún, tienen una sólida base en la vida real. Cuando la familia Aragonese vivía

en la calle de las Huertas, el portero, que se llamaba Pedro, tenía una hija, Vicenta, que en el censo aparece como «colegiala». Por aquella época Encarna tiene nueve años, y Celia, por el prólogo de *Celia lo que dice*, sabemos que tiene siete. Es muy posible que las dos niñas, Encarna y Vicenta, fuesen amigas en la vida real, dándose la afortunada circunstancia de que cuando la familia de Encarna se muda a la calle Villanueva, la del portero se muda también a la misma casa y casi en la misma fecha, con lo que las dos niñas siguen juntas.

En *Celia lo que dice* aparece un portero, que también se llama Pedro, y que tiene una hija, más o menos de la edad de Celia, que se llama Solita. Tenemos, por lo tanto, motivos para pensar que la amistad soñada entre Solita y Celia es un reflejo de la amistad vivida entre Vicenta y Encarna.

Solita, madrileña castiza, es el contrapunto de la niña bien del piso de arriba, es su contacto con la realidad social que tanto preocupó siempre a Elena Fortún. Y si Solita está en condiciones de inferioridad respecto de Celia porque no tiene juguetes ni una vida fácil, en cambio, cuando llega el Carnaval, Celia se da cuenta de que la niña del portero, que se disfraza de chula y se va al ventorro del tío Juan a comer chuletas, y luego «a un paseo que le dicen de Rosales», es la que realmente se va a divertir, y no ella, a quien van a vestir de «Incroyable», que ni siquiera sabe lo que es, y que va a merendar marrones y tartinas de mantequilla y mermelada, que según Solita, son pamplinas.

Solita, que ya empieza a hacerse merecedora de formar parte de un cuento de hadas porque tiene una madrastra que la trata mal,⁽¹¹⁾ continúa adquiriendo méritos porque el año anterior, en Carnaval, perdió un zapato, «de tanto como me reí», en el ventorro del tío Juan, y Celia acaba haciéndola protagonista por derecho propio cuando se entera de que Solita tiene una madrina, que se llama Es-



trella, y que le regaló un vestido de baile: «Ahora sí que lo entiendo todo. ¡Solita es la Cenicienta!».

Pero cuando Solita/Vicenta, que donde es realmente protagonista es en el Madrid popular, presenta a Celia un mundo insólito, es al llevarla, involuntariamente, a una corrida de toros. El magnífico retrato digno de un Mariano José de Larra, del matrimonio castizo que rescata a Celia a la salida de la plaza, se queda de alguna manera oscurecido por la descripción, sui generis, que hace Celia de la corrida:

«Fui a ver al hada, papaíto, y no estaba; se había marchado con los Reyes Magos. Después estuve en el castillo del ogro, y le estaban matando a él y a todos sus hijos. ¡Eran seis! Cuando los mataron a todos, unos señores me trajeron a casa...».

En el tercero izquierda de la calle Villanueva vivía un militar, comandante de artillería por más señas, soltero, de cuarenta y dos años, que se llamaba Jorge Calvo Pérez de Lara. Para Encarna, que entonces tenía catorce años, el comandante debía de ser un personaje de cuento, sobre todo cuando le veía bajar por la escalera con su uniforme. Elena Fortún guardó en su memoria el nombre y la idealización del personaje, y, llegado el momento, lo llevó de la mano hasta su niña/mujer Celia.

Jorge aparece por primera vez en la vida de Celia en unos momentos muy tristes, en que ella necesita desesperadamente un rayo de luz. Ha muerto su madre, ella vive en Segovia en casa del abuelo y cuidando, además, de su padre y de sus hermanas pequeñas; no tienen dinero, y ella se ve mal vestida al lado de las otras chicas de su edad... y Jorge la encuentra «guapa, además de muy chic»⁽¹²⁾ y la lleva al cine. ¿Qué más puede pedir una muchachita de quince años?

Vuelve a verle más tarde, en Santander, en unas circunstancias muy diferentes: tía Cecilia ha venido, y, como una verdadera hada madrina, ha equipado a Celia/Cenicienta de pies a cabeza. Se cruzan por la calle, ella en coche y él a pie, y Jorge no la ve, precisamente «ahora que iba bien vestida...».

Pero donde el papel de Jorge es fundamental es en *Celia en la revolución*, donde aparece inesperadamente en Valencia, cuando ella está sola, sin su padre, sin sus hermanas... en el momento en que más necesita de ánimo, de consuelo, de compañía. Y todo eso llega a ser Jorge para ella, aunque no esté siempre a su lado: «¡No estoy sola! ¡Jorge pensará en mí!».⁽¹³⁾

Quizás porque Jorge es un sueño y no corresponde a ningún personaje real en su vida, Elena Fortún se resiste a hacerlo desaparecer. Aparentemente muere en la Batalla del Ebro,

pero luego resulta que es un error, y nos lo encontramos de nuevo en *Celia institutriz*. Al final acaba casándose con Celia.

Las amigas de Elena Fortún, que fueron muchas y muy buenas, merecerían un trabajo más extenso. Pero Encarna, la niña de la calle de las Huertas, no tenía amigas. Asistió a un colegio de la calle Amor de Dios, que estaba cerca de su casa, pero no sabemos nada de las amigas que pudiera tener allí. Sin embargo, a lo largo de toda su obra, hay un nombre que parece ser el de *la amiga* por excelencia, el compendio de la amistad: María Luisa.

Entre los artículos de prensa recopilados por Carmen Bravo-Villasante,⁽¹⁴⁾ aparece en «Gente menuda», el 19 de octubre de 1930 el primer artículo con ese nombre: «Celia y María Luisa». El 3 de noviembre aparece «A casa de María Luisa», y el 7 de diciembre, «Celia en casa de María Luisa». De una manera más concreta la vemos en *Celia en el colegio*, donde al principio es una compañera más, sin especial relieve, pero que al final adquiere un cierto protagonismo cuando, movida por la envidia, le quita a Celia el libro donde ha escrito las aventuras soñadas de sus vacaciones (más atractivas que las vacaciones reales de María Luisa). Se lo quita y lo tira al pozo, y Celia, profundamente dolida, intenta partírla la cabeza, pero

luego, arrepentida, hace las paces con ella, y se convierten en las mejores amigas del mundo.

¿Es esta la misma María Luisa que aparece en *Celia en la revolución*? En el hospital, donde va a ver a su padre herido, Celia se encuentra con

«... mi amiga María Luisa, la que estudiaba conmigo en San Isidro...».⁽¹⁵⁾

No lo sabemos. Y quizás no sepamos nunca a qué retazo de realidad corresponde esta María Luisa de los sueños de Elena Fortún, la buena amiga que la acompaña a lo largo de toda la guerra civil, y que ya no vuelve a aparecer.

Desde Buenos Aires, donde se exilió después de la guerra, Elena Fortún intentó desesperadamente conti-

nuar con su Celia, la Celia del Madrid de su alma, pero no lo consiguió. Aquel Madrid, confiado, frívolo, amable y fácil, había desaparecido para siempre, y Celia había dejado de ser una niña,⁽¹⁶⁾ *Celia institutriz*, escrito en Argentina, marca un cambio de ritmo, de ambiente, de pensamiento, y de forma de vivir, que ya no admitirá retroceso.

Los retazos de vida y sueños tienen ese inconveniente: los sueños se pueden manipular, pero la vida es inamovible. ■

* Marisol Dorao es profesora de la Universidad de Cádiz.

Notas

1. *Celia en la revolución*, Aguilar, Madrid, 1987, p. 273.
2. Eusebio de Gorbea, *Los mil años de Elena Fortún: Magerit*, Saturnino Calleja, Madrid, 1922.
3. Éste fue el seudónimo que perduró, pero no fue el único. Carmen Bravo-Villasante ha encontrado varios más: E. F., Luisa, Doña Quimera, La Madrina...
4. Gracias a que este ilustrador solía poner el año al pie de los dibujos, podemos saber la fecha de edición de estos libros.
5. Lo mismo que el «padre gráfico» de Cuchifritín no puede ser otro que Serny.
6. Esta casa de la sierra, que nunca estuvo muy definida, vuelve a aparecer en «Celia en la revolución». La tía Julia le ha cambiado al padre de Celia, su hermano, «mi casa de Chamartín por la que tiene en la sierra» (p. 38).
7. *Celia lo que dice*, Aguilar, Madrid, 1932, p. 141.
8. *Op. cit.*, p. 14.
9. *Op. cit.*, p. 136.
10. Sus únicos primos, hijos de un primo segundo de su padre, aparecen en *Celia madrecita* como familia del tío José.
11. «La tiene todo el día la madrastra hecha una azacana, y luego la lleva que da asco verla, de sucia y zarrapastrosa» (*Celia lo que dice*, p. 30).
12. *Celia madrecita*, Aguilar, Madrid, 1939, p. 146.
13. *Celia en la revolución*, p. 182.
14. Publicaciones de la Sociedad Española de Amigos del IBBY, nº 6, dedicado a Elena Fortún, Madrid, 1986.
15. *Celia en la revolución*, p. 47.
16. Muestra de ese intento es una espantosa edición argentina de *Celia lo que dice*, publicada en Buenos Aires en 1940, con una burda imitación de los dibujos de Molina Gallent de la edición madrileña, hecha por un tal Andrés Damesón. La «argentinización» del texto es de Inés Field.



A.H. PALACIOS. CELIA NOVELISTA. AGUILAR. MADRID, 1980.